

# LISBOA ES UNA FIESTA

**A** HORA ya podemos decir a los extranjeros que somos portugueses», dijo una chica en un grupo en que yo me encontraba mientras estábamos asistiendo a una manifestación. Lisboa es una fiesta en estas jornadas que han puesto fin a cincuenta años de humillación del pueblo portugués. Estoy asistiendo a la más emotiva, más grandiosa, más profundamente alegre y vital celebración que me ha sido dado vivir. Confieso que en algunos momentos, cuando voy andando por las calles de Lisboa entre la multitud que saluda la llegada de la libertad, apenas puedo creer lo que veo y me pregunto si no estaré sufriendo un espejismo. Es mi perspectiva ibérica la que me juega esta jugarreta. ¿Será verdad lo que estoy viendo? La escena puede darse en cualquier calle o plaza de Lisboa. El humilde, triste, malvestido pueblo portugués grita enfervorizado su júbilo, confraterniza con los soldados, saluda con entusiasmo a sus líderes, aplaude el paso de los carros de combate, adornados con flores y banderas. Las mujeres del barrio van y vienen entre la tropa repartiendo bocadillos y naranjas... En la plaza Luis de Camões vi el otro día a un soldado que le pidió a un hombre del pueblo que tenía detrás que le sostuviera el arma mientras él comía lo que le habían dado. Muchos soldados han adornado su metralleta con claveles, los claveles de la reconciliación, que parecía imposible hace sólo unos días, entre las Fuerzas Armadas y el pueblo.

Llegué a Lisboa el jueves 25 por la noche, el mismo día del levantamiento militar. He visto muchas cosas cuyo relato apenas me será posible hacer en esta crónica telefónica. He visto la salida de los presos políticos de la cárcel de Caxias, situada a unos 12 kilómetros de Lisboa. Miles de personas habían acudido a recibirlos. No necesito describir lo que allí se produjo, el clamor formidable de llantos, risas y vítores de la multitud, las emocionantes escenas que allí se vieron. Desde Caxias, muchos de los «libertados» se dirigieron a Lisboa y recorrieron en coche las calles del centro, haciendo sonar rítmicamente sus claxons. He visto también la llegada de Mario Soares, el líder del partido socialista moderado (CEUD), el domingo por la mañana a la estación de Santa Apolonia desde su exilio parisino y su recorrido hasta la Cova da Moura, antiguo Ministerio de Defensa y hoy sede de la Junta de Salvación, para visitar y abrazar al General Spínola. Y también he visto manifestaciones cargadas de odio popular contra la feroz institución de la PIDE, la policía política salazarista. La gente se

había concentrado en los alrededores de la calle Antonio María Cardoso, acordonada por los soldados, y a la que solamente teníamos acceso los periodistas. Allí tenía su sede la Direção Geral da Segurança (DGS), que es el nombre con que Marcelo Caetano había intentado disfrazar a la funesta PIDE. Estuvimos esperando varias horas a que las Fuerzas Armadas sacaran del edificio a los 200 agentes que se habían refugiado allí. Nunca se dejaron de oír en las calles contiguas gritos de ¡asesinos!, ¡asesinos! Sin duda para evitar represalias populares, no los sacaron hasta ya avanzada la noche, para llevarlos a la cárcel de Caxias. El sábado asistí a otra manifestación que se había concentrado en Siete Ríos, frente a la que fue la Escuela de la PIDE. Visité el museo que la institución mantenía para enseñar a sus alumnos los métodos de represión que la hicieron famosa, las fotografías, trofeos y recuerdos de su sangrienta historia. La persecución de los agentes de la PIDE se ha prolongado durante todos estos días, en una especie de «fiesta bárbara». El pueblo se ha constituido en el perseguidor de los agentes. De los 4.000 que la institución tenía (entre los cuales deben contarse los simples funcionarios, pues la PIDE tenía también a su cargo las fronteras y los aeropuertos) se han detenido hasta ahora a unos 800. Ha sido muy corriente en estos días

ir por la calle y ver arremolinarse la gente en torno a un hombre que había sido reconocido por algún antiguo detenido. Las Fuerzas Armadas han evitado linchamientos, pero la «caza» ha tenido ocupado al pueblo lisboeta. El sábado, la radio comenzó a transmitir un comunicado haciendo un llamamiento a los antiguos «pides» para que se entreguen voluntariamente a la autoridad militar, a fin de evitar represalias populares.

La situación, políticamente hablando, es confusa. No se puede predecir cómo evolucionará. El miércoles, día 1 de mayo, cuando TRIUNFO esté ya en la calle, será un día clave para la comprensión de lo que ocurre. Hay muchas fuerzas en juego. Por una parte está el General Spínola, un hombre de prestigio en las Fuerzas Armadas y también en el pueblo. Antiguo héroe de la guerra colonial, Spínola representa para el hombre medio la aspiración de «no morir» en la disparatada guerra colonial. De sobras conocida es la actitud pactista que el general mantiene en la crisis de ultramar. Es la tesis de su libro «Portugal e o futuro», y podría resumirse en la frase que él mismo pronunciaba el otro día: «La autodeterminación de los pueblos africanos que nosotros proponemos no quiere decir lo mismo que su independencia». Las Fuerzas Armadas, que organizaron su «movimiento de los capitanes», al parecer sin conexión

con Spínola, necesitan esta figura de transición para tratar de encontrar una salida a la situación ultramarina. Por otro lado, Spínola parece haber comenzado a contemplarse a sí mismo como una figura histórica, el hombre decisivo del momento político portugués. Antonio de Spínola es en política una «vocación tardía», y quizá por ello más vehemente. Se dice que no está dispuesto a aceptar ahora la Presidencia de la República, para quien propone al General Costa da Gomes, y que prefiere hacerse cargo del mando de las Fuerzas Armadas, a fin de controlar el movimiento militar. Spínola, se dice, piensa en el futuro, en las elecciones que ha anunciado para dentro de un año.

Están luego las Fuerzas Armadas. He tenido ocasión de hablar con varios de los capitanes y comandantes del movimiento, tanto en este viaje como en el que hice a raíz del frustrado golpe de Caldas da Rainha, a mediados de marzo. Mi impresión es que en el movimiento hay muchos militares democráticos, pero no se puede afirmar que el movimiento en su conjunto tenga una ideología concreta. Se formó muy rápidamente y comenzó con un programa de reivindicaciones puramente profesionales, que luego se fueron transformando en políticas. «Es la guerra colonial la que nos ha politizado», me dijo uno de ellos el otro día. Reconciliarse con el pueblo, recuperar el prestigio que la política colonial de

«Juicio público a los criminales fascistas», por las calles de Lisboa.





Flores en la boca de un fusil ametrallador.

Caetano les había hecho perder, ha sido, me parece, el objetivo fundamental del levantamiento, como muy claramente se expresaba ya en los comunicados que el movimiento dictó antes y después del frustrado golpe de marzo. En cualquier caso, de las relaciones de los oficiales con los líderes de los partidos políticos y con los generales que componen la Junta de Salvación depende mucho el futuro político de Portugal. Ahora están viviendo el triunfo mayor de su historia, un triunfo de un nuevo carácter.

El fascismo ha sido derribado de forma irreversible con esta revolución, que algunos pesimistas califican simplemente de «revuelta». No me atrevería a aventurar si su resultado será una revolución burguesa o de otro tipo. El exultante clima que vive hoy el pueblo portugués, los gritos de «¡viva, viva a la libertad!, ¡victoria, victoria! ¡O Povo Unido jamais será vencido!», las manifestaciones de apoyo popular al Ejército y la persecución de la PIDE no han derribado el edificio del poder económico que sostuvo al estado salazarista. Junto a las manifestaciones de júbilo se hacen notar también en estos días, aunque de forma menos estentórea, las gentes de orden en su vida normal. Pasados los primeros momentos de confusión, los bancos, las fábricas, el comercio, todo continúa funcionando normalmente. Muchas gentes de las que en estos días claman victoria pueden estar tratando de unirse al movimiento con el fin de cambiar un poco las cosas, como suele decirse, para que nada cambie. La adaptación al ambien-

te por parte de los periódicos ha sido asombrosa. No existe censura de ningún tipo, como muy claramente lo expresó el diario socialista «República» al dar al pie de su primera página en grandes caracteres la frase «este periódico no ha sido visado por ninguna comisión de censura». Los grandes diarios lisboetas, algunos de los cuales pertenecen a las poderosas familias que controlan los intereses en ultramar, y con las cuales tenía conexiones Spínola, están dando todo tipo de información, aunque, como me decía una periodista, se niegan a publicar cualquier artículo en que se haga un mínimo análisis crítico de la situación.

Por otro lado, la fuerte politización popular, la conciencia de la fuerza que el pueblo tiene gracias a su unión, la eliminación de la máquina corporativa y la creación de nuevos sindicatos libres, como el de los ferroviarios; la constitución en sindicatos de los antiguos colegios profesionales, tales como el de médicos, escritores o ingenieros; los programas de acción común de los partidos que formaban la antigua oposición democrática al régimen fascista; la liberación de los presos políticos, incluso de aquellos cuyos delitos, tales como asaltos a bancos, etcétera, habían sido considerados por los jueces como delitos comunes, hacen pensar que Portugal está asistiendo a una enorme transformación en su vida política. Nadie puede predecir el futuro, y entre tanto, a medio camino entre el temor y la esperanza, asistimos gozosos a esta gran fiesta que es hoy Lisboa. ■

LUIS CARANDELL.

## Los Contem pora neos

### TRIUNFO DEL SIGLO XIX

El general Spínola tiene una estampa antigua. Se la da el anacronismo del monóculo y un cierto atildamiento en el vestir que parecen sacados de la época que hicieron famosa a la Reina Victoria y Jack el Destripador; una Inglaterra prechurcheana. Su nombre tiene un regusto garibaldino. Un personaje insólito en

una época de políticos descamisados y deportivos, en la que hasta el aristocrático y lejano Giscard d'Estaing tiene que fotografiarse con "pullover" para ganar algunos votos. Spínola es, sin duda, un hombre antiguo. Un alivio.

Con él parece que el siglo XIX ha entrado en Portugal. Incluso su forma de producir un golpe de estado es un arcaísmo. Muy inteligentemente, señalaba Negrin en "Pueblo" que se ha valido de un instrumento comúnmente desprestigiado en nuestro tiempo: el libro. Cosas del siglo XIX: la Enciclopedia francesa —en el XVIII!— fue la autora de la Revolución. Y "El capital" fue el último libro que modificó el mundo. Poco después empezaron a quemarse, y Portugal —el Portugal que se desvaneció— no se quedó atrás en esta cuestión de autos de fe. La venganza del libro se ha producido y los amantes de los símbolos y las casualidades no dejarán de anotarse como fasto que se haya producido el 23 de abril.

Parece, por algunos síntomas mundiales, que el siglo XIX va a suceder al siglo XX. En realidad, el siglo XIX fue interrumpido sin que pudiera desarrollar todas las luces que había alumbrado o que había heredado de las postrimerias del XVIII, que eran las de la Revolución francesa, las de la independencia americana y las del (verdadero) liberalismo inglés. Cuando Carmen Llorca, presidenta del Ateneo, tras la dignidad de Cela, anuncia que la docta casa no podrá ser nunca más liberal y romántica porque liberalismo y romanticismo son dos elementos ahuyentados de nuestro tiempo, me parece que tiene un vuelo mental demasiado corto, demasiado poco adecuado a cosas que están pasando. Hay un vibrante

romanticismo en muchas partes del mundo y hay un cierto liberalismo en la política posnixoniana del mundo. Una especie de deseo de liberarse de las soluciones fáciles y engañosas del autoritarismo, de la autocracia. El absolutismo comenzó a caer en el siglo XIX y reapareció bajo nuevas formas en el XX. Era extraño que

grandes cantidades de personas, y de muy diversos signos externos —con perdón de aquellos a quienes les recuerde con esta frase las recientes angustias de la declaración de renta— pudieran creer que algo que había sido intrínsecamente malo durante los veinte siglos precedentes, y durante los siglos de antes de contar los siglos, pudieran creer que tenía algunas posibilidades de orden justo. O de felicidad.

La cuestión está en saber si a esta reaparición del siglo XIX posnixoniano va a suceder otra vez el mismo siglo XX, o un siglo XX real y no retroactivo; es decir, si los principios de igualdad, libertad y fraternidad van a desarrollarse por sus vías normales previstas. Ni siquiera en Portugal está un seguro de que las manifestaciones del viernes en Lisboa no van a asustar a los decimonónicos de la nueva situación, como en el siglo XIX que esgrime Mitterrand, que no está en la línea de Marx ni en la de Mao, sino en la de la Revolución francesa, puede asustar en Francia.

La coexistencia pacífica, el final de la guerra fría, retrotraen al mundo al liberalismo y al romanticismo del final de la segunda guerra mundial y la fundación de las Naciones Unidas (uno de sus delegados decía entonces: "¡Somos los enciclopedistas del siglo XXI!"), que, a su vez, nos devolvía al mundo prehitleriano, que, a su vez, pretendía ser el mundo del liberalismo y el romanticismo de la Revolución francesa. De esta forma, de salto atrás en salto atrás, pronto llegaremos a encontrarnos en el siglo XX. Habremos de hacer todo lo posible porque no se repita en su forma aberrante. Que esta vez el siglo XX sea el hijo del XIX, y no el de los Césares de Roma. ■

POZUELO